EL ESPEJO

A D. José Fernández Bremón.

I

El coronel Pacheco, veterano de África, es uno de los más acabados ejemplares que nos restan del tipo del viejo soldado español, sin miedo y sin tacha. Buen cristiano, ardiente patriota, leal compañero, franco hasta la rudeza, pero siempre justo, puntual, aseado, gallardo en la vejez, sano, derecho y firme de cuerpo y de alma. El perfecto caballero.

Vive solo, porque en la flor de la mocedad tuvo la inmensa desventura de ver morir á su mujer en la hora solemne en que iba á darle el primer hijo. Nunca le oyeron hablar de su malograda familia.—¡Si será egoísta!—pensaban caritativamente algunos amigos. ¡Ay, no sabían que aquel silencio era miedo del gigante á su propia ternura! Porque... ¿hubiera podido hablar de ellos con los ojos enjutos? ¡Y había de llorar un veterano como él... á lo menos delante de las gentes! ¡Primero muerto!

No hay para qué decir si semejante hombre sería modelo de amigos. Éralo, en efecto, hasta el sacrificio, mas hasta el sacrificio mudo, completo como podía esperarse de aquella alma.

Pero si leal y generoso fue siempre con todos sus amigos, con ninguno lo fue tanto como con el viejo conde de Santurbi, aquel nobilísimo cuanto desgraciado caballero, á quien todos conocimos en la opulencia y de quien tan pocos se curan, ahora que agoniza en un desmantelado guardillón de la calle de *Isabel la Católica*.

¿Habrá quien no recuerde el soberbio palacio del magnífico Prócer en la misma calle en que hoy padece solo y olvidado?

Los salones de Santurbi competían con los de los Montijos y Medinacelis, sus trenes eclipsaban á los de Osuna y rivalizaban con los de la Casa Real. Pero... aquellos polvos de vanidad trajeron estos lodos de miseria. Aunque, en verdad sea dicho, no fueron ni la vanidad ni la mala administración las causas determinantes de la ruina del Conde. Consumáronla, como en complicidad siniestra, reveses de la Bolsa, pérdidas de cosechas, quiebras de sociedades de crédito y toda suerte de combinaciones fatales con que dieron en malograrse á un tiempo los más pingües negocios de la casa. El desprendimiento generoso del magnate y la rapacidad de los logreros de la desdicha completaron la obra.

Como la de Santurbi hánse desmoronado otras muy poderosas fortunas de nuestra nobleza, con las migajas de las cuales se enriquecieron muchos ruines.

Pero al cabo, la verdad, la desoladora verdad era que Santurbi, viudo como Pacheco desde la juventud, estaba pobre, absolutamente pobre, y por añadidura solo, abandonado y enfermo; enfermo de un crudelísimo reuma goto-

so que le hacía pasar las noches en dolorosa vigilia y los días en atormentada somnolencia, enclavado en su sillón. Ya no podía andar ni vestirse solo, ni casi mover pie ni mano; siendo lo más desconsolador que la invasora dolencia iba en alarmante crecimiento.

Para prevenir sus deseos, para atender á sus necesidades, para sostener su pobre cuerpo paralítico y levantar su descaecido espíritu, allí estaban la mano siempre abierta, el brazo siempre fuerte, el corazón siempre joven, y la jovialidad inalterable del bravo coronel Pacheco.

Desde los primeros días de la enfermedad del conde, habíase él encargado de realizar los últimos valores que restaban al arruinado magnate. Unos cuantos títulos de la Deuda exterior, muy pocos ciertamente, y algunas alhajas de corto precio. Pero se ignora por qué maravillosa alquimia, ó por qué recónditas artes de magia, había logrado el Coronel que el producto de aquellos pobres restos fuese inagotable.

Lo cierto era que, gracias á aquel prolífico dinero, el enfermo tenía un criado para él solo y que no le faltaban mimos en la mesa, lumbre en la chimenea, medicinas, abrigo, ropa blanca, tabaco y cuanto pudiera apetecer para el cuidado de su persona un hombre de sus gustos y costumbres. Claro es que todo ello era modesto, porque el Coronel no tenía más capital que su paga, pero todo junto representaba un gasto tan superior á los últimos recursos del Conde, que cuando éste advirtió la cariñosa superchería de su amigo, no pudo contener las lágrimas; y llorando de gratitud, prohibióle

que continuase haciendo por él los sacrificios que aquellos dispendios delataban. Pero el Coronel insistió en negar sus liberalidades con obstinada negación, hasta con dureza. Dureza cómica y conmovedora á la vez, que era la expresión más alta de su generosidad. Hacíase adusto por abnegación, arisco á fuerza de ternura; y el Conde, que le conocía, llegaba á traslucir por sus esquiveces sus larguezas, y á leer en cada brusquedad de su amigo un nuevo sacrificio ignorado, que el mísero noble—¡tan altivo y espléndido en la prosperidad!—herido ahora en su orgullo, desposeído de todo bien y privado de toda actividad que no fuese la del alma, veíase obligado á pagar sólo con gratitud, tan grande y tan viril, que era muda, y no hallaba expresión más sublime que las calladas lágrimas que resbalaban por su descaecido rostro hasta sus barbas de nieve.

Y esto era, justamente, lo que más exasperaba al Coronel, que cuando veía llorar al Conde, se clavaba las uñas en las rodillas, á punto de agujerear el pantalón, y enrojeciendo de ira, pateaba el suelo como niño enfurecido y soltaba cada terno como una montaña.

¿Quién hubiera dicho que aquellas groseras palabrotas de cuartel no eran sino los ariscos escarceos de su púdica generosidad avergonzada, que aquel furibundo gesto no era sino la sañuda máscara con que el gigante infantil trataba de ocultar su enternecimiento inefable, casi maternal?

Para que el conde ignorase que también los honorarios del médico eran de cuenta suya, fingió Pacheco que sólo por amistad hacia él

habíase empeñado en asistir á Santurbi el joven y elegante doctor Villegas, no menos afamado por sus curaciones, que por sus conquistas y galanteos. Pero como Villegas era especialista en afecciones reumáticas, á él y no á otro obstinóse el Coronel en encomendar—costara lo que costara—la cura de su amigo.

II

Una mañana en que D. Francisco Pacheco—así se llamaba el Coronel—hallábase absorto en la delicadísima operación de rasurarse las recias barbas—pues, como él decía, nunca se las dejó tomar de ningún barbero,—cuidando escrupulosamente de no segar ni uno de los pelos de la blanca *luchana* que como niebla argentífera esfumábase en torno de su noble rostro, presentóse en la severa y limpia habitación del soldado el mediquito *sportsman,* irreprochablemente vestido *de mañana* y trascendiendo á esencias y cosméticos, y en breves razones le expuso el caso de conciencia que allí le llevaba á tan intempestiva hora.

El Conde empeoraba por días, y era absolutamente necesario—¡caso de vida ó muerte!—que, aprovechando la estación otoñal, tomase los baños de Archena. Él así se lo había ordenado, cumpliendo su deber de médico; pero Santurbi le declaró la total imposibilidad en que se hallaba de emprender tal viaje por falta de recursos, é hizo más, prohibióle rotundamente participar el caso al Coronel. Pero como semejante prohibición era atentatoria á la sa-

lud, acaso á la vida del enfermo, él—Villegas, —que consideraba como sacerdocio la medicina, habíase creído en el ineludible deber de comunicar al Sr. de Pacheco la verdadera situación del paciente y el grave riesgo que éste corría renunciando al único recurso que la ciencia alcanzaba para salvarle.

El Coronel, que mientras el médico hablaba estuvo más de una vez á punto de segarse la *luchana* de un tajo—tan nervioso le ponía lo que estaba oyendo,—cuando cesó la voz de Villegas quedóse alelado y suspenso, como si no hallase palabras en que envolver sus ideas ni casi ideas que envolver en sus palabras.

En apoyo de su turbación y desconcierto, acudió con inalterable calma y corrección el mediquito; pero lo que dijo, antes que serenar al fogoso veterano, acabó de exaltarle por completo.

Con acento halagador é insinuante, comenzó por declarar que todo en la vida tiene sus límites y que el señor Pachecho había traspasado para con su ilustre amigo el Conde los de la generosidad, los del desprendimiento, los de la abnegación...

—¡Qué abnegación ni qué rayo, amigo Villegas, si el caso es que tengo las pagas empeñadas y que no puedo por ahora disponer de un céntimo!—rugió el Coronel con la ira en la voz y las lágrimas en el corazón.

A lo cual insistió el Doctor en que la abnegación del Coronel no había de ser infinita; y agregó con fina y penetrante intención algo que á través de circunloquios y veladuras significaba que la amistad, como el amor, requiere

correspondencia y que nada duele tanto como ver malogrados ó no bien agradecidos los sacrificios más generosos.

No hay que decir con cuánta vehemencia pediría el Coronel explicación pronta y clara de aquellas reticentes insinuaciones. Explicación que el médico se apresuró á dar cumplidamente en estos términos:

—La verdad, Señor de Pacheco, y perdóneme que me atreva á mezclarme en asuntos de su intimidad; pero siendo usted tan excelente amigo mío y tan ejemplar amigo del Conde, no puedo negarle que me duele de veras que mientras usted se priva hasta de lo necesario—¡sí, no trate de negarlo!—hasta de lo preciso por el Conde, este señor, más preciado por lo visto de sus caprichos aristocráticos que de su propia vida y de lo que debe á la heroica magnanidad de usted, prefiera morirse y que usted pida limosna por él antes que desprenderse de una alhaja de príncipe que sórdidamente se obstina en conservar.

—¡Qué alhaja ni qué niño muerto, Sr. Villegas!— tronó el Coronel exaltándose por grados.—¿Qué alhaja ha de guardar mi pobre Fernando si á costa de crueles desgarramientos se ha ido desprendiendo de todo? ¡De todo, hasta de los retratos de sus padres, miniaturas preciosas que yo vendí por mi mano para un Museo extanjero!

—Pues, sin embargo, el Conde posee una alhaja con cuyo precio podría asegurar el bienestar de su vida y librar á usted de tan pesada carga.

—Poco á poco, Sr. Villegas; el Conde no es

ni será nunca para mí carga ni pesada ni ligera! ¡O somos ó no somos amigos, cuerno! Y en cuanto á la joya... creo que usted padece una alucinación.

—Señor de Pacheco, si no estuviera seguro de lo que digo, si la joya no existiera y si no hubiese yo visto en ella la salvación posible de nuestro enfermo, no hubiera venido á molestar á usted.

—¿Pero qué alhaja ó qué centella es esa en una casa donde no quedan ni los clavos?

—Un espejo.

—¡Un espejo! (con sorpresa). ¡Ah... sí. Ya caigo, un espejillo de piedras de Francia que tiene allí Fernando sin duda para hacerse la *toillete*.

—¡Cómo de piedras de Francia! ¡De brillantes y de los de roca antigua, más transparentes que el agua y más claros que el sol!

—¿Pero está usted seguro?

—Segurísimo.

—¡Si... eso no puede ser!

—¡Conozco perfectamente los brillantes, y le juro á usted, bajo palabra de honor, que los que forman el marco de ese espejo son de la más pura roca, de la mejor talla; tienen más de cinco quilates; valen una fortuna!

—Pero...

—Vamos allá, y si convencemos al Conde á que se desprenda de ese juguete de rey, habremos salvado su vida y asegurado su subsistencia.

—Vamos—contestó secamente el Coronel.—Y mientras se vestía trémulo y aturrullado, una nube de tristeza y una contracción dolorosa alteraba su semblante siempre fresco y casi

juvenil.—¿Será verdad lo que dice este mediquillo de alcorza? ¿Será posible que Fernando?... ¡Pero no, no y mil veces no!.—Y mientras monologaba así interiormente, por fuera parecía haber envejecido.

III

Para que el Conde no sospechara que Villegas había quebrantado su prohibición de revelar al Coronel lo acontecido respecto al necesario cuanto irrealizable viaje á Archena, convinieron Pachecho y el Doctor en hacerse los encontradizos en casa de Santurbi, y una vez en ella, lograr que la conversación recayese, al parecer inopinadamente, en el punto apetecido, á fin de que el médico viérase como obligado en conciencia á repetir su prescripción de tratamiento hidroterápico delante de la única persona que podía obligar al enfermo á cumplirla.

Hízose todo como ambos concertaron. Pero apenas vió el Conde la cara de su amigo, tan demudada y contraída, tan otra de lo que siempre era, como si la alteración del Coronel fuese contagiosa, comenzó á participar de ella, no acertando á explicarse el motivo de aquella doble y coincidente visita, y menos aún la singular mudanza y desconcierto que revelaba en toda su persona el viejo soldado.

Y como los enfermos y los desgraciados crónicos se hacen suspicaces, y á fuerza de padecer males inesperados acaban por aguardar y temer los que no existen, el pobre anciano llegó á recelar que se hallaba á punto de muerte

y que tal era la causa de la venida del médico y de la profunda tristeza y turbación de su amigo.

Pero como ambos insistiesen en la conveniencia del viaje á Archena, Santurbi comenzó á dudar de su sospecha, calculando con acierto que si le creyesen moribundo no insistirían tanto en hacerle viajar. Pero si no era el temor de su próximo fin, ¿qué tenía Paco, tan perturbado y descaecido como él jamás le había visto?

—Ya lo ves, Fernando—dijo rudamente el coronel,—ya has oído á Villegas; las aguas de Archena son tu única salvación; es, como quien dice, cosa de vida ó muerte. ¡Así, en plata! ¿Para qué andar con circunloquios? Y yo, ya me conoces... si tuviera... no digo recursos, pero de donde sacarlos... no diría esta boca es mía; ya sabes mi lema: *obras y no palabras*, sino que mañana sin falta saldría contigo para esos malditos baños. Pero... cuando no lo hago, huelga decirte que no puedo.

—Pues si tú no puedes... ¿qué diré yo, mi pobre Paco!

—Usted, Conde—observó el Doctor,—aunque esta sea imprudente oficiosidad... exceso de celo en el médico, ansioso de la salud de su enfermo,—usted... acaso podría.

—¿Que yo podría, Sr. Villegas? Pero... ¿qué podría yo?—preguntó asombrado el Conde.

—Mira, Fernando, ¡vamos claros! Si yo tuviera un recurso... *verbi gratia*, una joya, y por sólo el capricho de conservarla te dejara morir sin intentar los remedios que te ordena la ciencia... ¡vamos!... ¿qué me dirías tú?

—¡Un recurso... una joya!... ¿pero qué dices, Paco?

—Digo la verdad, lo que urge, lo que importa, ¡así, en crudo y en seco! Vamos, si yo tuviera una alhaja de gran precio... por ejemplo, como aquel espejo que tienes allí colgado en tu alcoba... ¿piensas tú que te dejaría morir antes de venderla?

Un rayo que hubiera caído á los pies de Santurbi no le hubiera alterado más súbita y mortalmente.

—¿Pero, Conde—observó el médico, que creía ver en la palidez y contracción del anciano la prueba visible de su sórdida avaricia,—piensa usted que los brillantes valen más que la salud y que la vida?

—¡Sí... amigo mío... á veces valen más!—contestó lenta y desmayada, pero muy severamente, el viejo Prócer.

—¿Son brillantes ó no son brillantes los que guarnecen esta luna?—preguntó el Coronel, presentando á su amigo el espejo que había descolgado y miraba ávidamente para convencerse á sí propio de aquella verdad inverosimil.

—Brillantes son, Paco... y de roca vieja, de los mejores, de los más costosos; como que difícilmente se hallarán otros como esos—articuló el Conde sin desconcertarse, pero con acento de infinita tristeza que penetraba el alma, que casi paralizó los bríos del buen Pacheco, el cual, á pesar de ello, no pudo menos de preguntar con singular extrañeza:

—¡Pues entonces!... Y se quedó cortado como si el dolor de su buen Fernando, la vergüenza de la sospecha que hacia él involuntariamente abrigaba, la abrumadora evidencia de aquel hecho á su parecer increíble—¡la existencia de

joya semejante en poder de un amigo que se dejaba mantener por él! —y la serenidad noble y altiva de este amigo ante situación tan inexplicable, fueran cosas que no cupiesen juntas en su cabeza y en su corazón.

El conde de Santurbi, que como hombre de exquisita educación y largo trato con la más alta sociedad de Europa, era gran mundólogo y verdadero maestro en psicología práctica, miró alternativamente al médico y al Coronel, y aunque su mirada fue rápida, poco directa y nada intensa, bastóle para vislumbrar en el fondo de aquellas dos almas una misma sospecha, una negra desconfianza harto ofensiva para él, si bien en cada una de aquellas individualidades se manifestaba con muy diversos caracteres: en la del médico, encarnación del vulgo de levita, que se abrasa en malsana curiosidad de pecados ajenos, aquella sospecha era fruición de entrever una culpa en una noble conciencia; en la del Coronel, alma toda nobleza y toda amor, aquella sospecha significaba el miedo cruel de tener que dudar de un amigo á quien quería con todos los ímpetus de su corazón de gigante.

Pero de uno ó de otro modo, semejante duda hería el orgullo y la sensibilidad del Conde, el cual comprendió rápidamente que debía sincerarse ante el amigo receloso y ante el impertinente fiscal de sus acciones. Y haciendo grande esfuerzo para dominar su altivez de aristócrata rebelada y su corazón de amigo lacerado por aquella ofensiva desconfianza, procuró sacar del fondo de su voluntad energías excepcionales para no desmayar al descubrir, al tocar

con mano temblorosa la llaga viva de un dolor incurable.

—Comprendo, amigos míos—comenzó,—que para explicar á ustedes debidamente la existencia de joya de tan subido precio en poder de un pobre—movimiento de impacienca en Pacheco,—de un pobre que vive de la generosidad de un amigo...

—¡Si prosigues así... me voy!—gritó el Coronel con voz de trueno.

—Comprendo que para dar á ustedes la debida explicación, necesito contar la historia de ese espejo—continuó el Conde, tranquilizando con el gesto á su amigo y deteniendo con la mano extendida al médico, que trataba de irse discretamente.

—No, no; yo les ruego á ustedes que se sienten y me escuchen, porque á los dos me dirijo y los dos quiero que oigan esta historia.

—Bien sabes tú—prosiguió mirando al Coronel—cuánto quise yo á mi pobre María.. mi mujer, amigo Villegas, la única mujer que existió en el mundo para mí, la sola, la que se ama. ¡Aquella que reunió en sí todas las bellezas del cuerpo y del espíritu! ¿Te acuerdas, Paco; te acuerdas de ella el año aquel de nuestras bodas? Vamos... tú, que la conociste, dí si exagero, dí si se vieron nunca juntas tantas virtudes y tantos y tan sobrehumanos atractivos.

Paco empezaba á ponerse nervioso y arañaba suavemente el pantalón sobre las rodillas.

—¡Ay, amigo: tú, que también probaste delicias y dolores semejantes á los míos—el Coronel hundía las uñas en el paño hasta clavárselas en las carnes.—tú sabes mejor que na-

die cuánto se ama cuando se ama una vez sola!

—Querer á una mujer como yo quería á la que iba á ser mi esposa, verse apasionadamente correspondido por ella; ser joven y heredero de tan altos blasones, de tanto oro, de tantas y tan extendidas tierras, de tan regios palacios, de tan inestimables joyas, y poder ofrecer aquella dote de reina y aquel amor digno del Paraíso á la adorada de mi alma... ¡era demasiada ventura para este mundo!

—¿Te acuerdas, Paco?—Paco estaba rojo de emoción.—Cuando yo me fuí á París, en vísperas ya de mis bodas, loco de ilusión y de amor —y aquí entra ya la historia prometida,—llevaba el pueril y vehemente deseo de enamorado de buscar para mi María algo muy rico, muy bello, peregrino y raro, algo excepcional que nadie, ni aun las reinas poseyeran. Porque los aderezos de perlas, brillantes, esmeraldas, zafiros ó turquesas diversamente combinados, las *rivières,* las diademas, los broches... todo eso era ya cosa muy vista, muy usada, muy vulgar.

Al paso que hablaba el Conde, íbase entusiasmando gradualmente, y gradualmente se iluminaba y enjuvenecía su hermosa cabeza romántica de luengas melenas blancas peinadas á lo Espronceda, de aquilino y finísimo perfil, de expresión á la vez altiva y sentimental, de alta y egregia frente pálida y brillante como pulido marfil, donde la luz se reflejaba en un solo punto, que parecía la irradiación visible de la idea.

—Yo deseaba ofrecer á María—continuó—algo que fuera como la glorificación de su belleza, y pensé en un retrato. Pero retratos ya los tenía ella en lienzo de los Madrazos, y en miniatura de las mejores firmas de la época. Además... el retrato no era bastante original ni bastante suyo; podría ser copia, remedo pobre y descolorido de su imagen, pero no su imagen misma, y entonces se me ocurrió regalarle un espejo que fuese una alhaja, pero en el cual lo más precioso y deslumbrador fuera ella misma, la perla animada, el esplendor viviente de su beldad incomparable: una luna de Venecia rodeada de un marco de los más perfectos *solitarios* que á cualquier precio se hallaran en el mundo, un cristal sin sombra y sin nube, unos brillantes sin tacha, una transparencia casi diáfana rodeada de fulgores irisados, un fondo propio para reflejar tanta hermosura, á fin de que cuando el cristal lo retratase, aquel rostro de *madonna* apareciese aureolado de resplandores... ¡y aún era poco para quien hubiera querido circundarlo de un nimbo de estrellas!

Aquí la voz del Conde, estremecida, vibrante de pasión, se quebró y se anegó en llanto.

El Coronel estaba rojo de emoción y sentía vergüenza de sí mismo.

La cara del médico iba adquiriendo desusada gravedad.

El Conde, procurando serenarse, continuó:

—Ya sabes, Paco, lo dichosos que fuimos... ¡tanto como tú y Luisa!—el Coronel sentía que el corazón se le llenaba de lágrimas.—¡Ay, pero nuestra felicidad no fue mucho más larga que la vuestra! El año mismo de tu desgracia enfermó mi pobre María, bien lo recordarás. Tú, mi pobre amigo, que viste naufragar en

un día todas tus esperanzas—el Coronel sentía las lágrimas subirle á la garganta y oprimirle como un dogal,—tú sabes lo que son penas! Pero... ¿qué martirio como aquel martirio mío? Ver á mi adorada María marchitarse entre mis brazos, como una flor que llevamos prendida sobre el corazón y se nos mustia con el propio aliento, y cuando queremos reanimarla con nuestros besos se nos abate y deshoja entre las manos! ¡Ay, tú no sabes, Paco... —¡vaya si Paco sabía, tanto que estaba próximo á la mayor vergüenza de su vida, á que se vieran lágrimas en sus ojos!—tú no sabes lo que yo padecí; como que por no renovar nuestros dolores, jamás hemos hablado de estas cosas.

En menos de un año estuvimos en Suiza, en Andalucía, en Malta, en Aguas-Buenas, en Panticosa, en Niza... No hubo viaje que no emprendiéramos, ni tratamiento curativo que yo no ensayase en mi pobre enferma, ni médico afamado á quien no consultara. Pero todo fue inútil, perdido. Ni las brisas del mar, ni el aire de las alturas, ni el frío, ni el calor, ni la ciencia, ni todo mi cariño, nada bastó á detener el avance de aquel terrible mal que la demacraba y destruía por momentos, de aquella impalpable aura de muerte que la envolvía y envenenaba, que se mezclaba á su sangre y empañaba sus colores y apagaba sus ojos!... Y sin embargo, yo estaba ciego, loco, desatinado, y me obstinaba en no ver lo que tenía delante y en negar lo que se me entraba por los sentidos. ¡Empeñábame en creer que las emponzoñadas rosas de la fiebre eran las frescas rosas de la

salud, que la postración era languidez, que aun era tiempo de salvarla!...

Aquí el Conde se detuvo como para tomar aliento, y prosiguió:

—¡Y estaba ya agonizando... tenía las manos heladas por la muerte, y aún me parecía imposible que no se calentaran con mis besos! En vano el médico movía la cabeza, indicándome que aquello se acababa; en vano trataban de arrancarme de su lado; yo me obstinaba en hacerla apurar una medicina... Pero, al cabo, al ver que apenas se levantaba ya su pecho anheloso, que tenía los labios blancos é inmóviles y las pupilas vidriosas y fijas bajo los párpados caídos... no sé por qué, como quien busca una certidumbre mortal ó una esperanza imposible, instintiva, automáticamente me acerqué al tocador de María, tomé de él ese espejo que tantas veces había reflejado su triunfante hermosura, lo acerqué trémulo á sus labios... Una niebla ténue, un vapor levísimo empañó momentáneamente el terso cristal... ¡Era el último aliento de aquella vida de mi vida, el paso visible del alma de mi María, que volaba á Dios!

¡Y cuando ya nada soy, cuando nada tengo, cuando creía haber padecido todo despojo y apurado toda humillación!... ¿Todavía se me exige que me desprenda de mi último bien? ¡Y como si los ideales tuviesen precio, se me pide que venda ese espejo, donde aún riela para mí el esplendor de su belleza y el rayo lejano de nuestra felicidad; ese espejo, donde siempre veo el paso de su alma hacia el cielo!—acabó el Conde sollozando con duro é imponente so-

llozar, que era como el estallido con que saltaba desbordada su ternura por entre los rocas del orgullo y de la entereza varonil.

Y aquí el Coronel hizo la gran tontería, cayó en el mayor oprobio de su vida, rompió á llorar como una criatura; lloró de emoción y de vergüenza por haber calumniado mentalmente á aquel amigo.

El mediquito Villegas estaba confundido, ruboroso, y sentía gran descontento de sí mismo. Mas para tranquilizarse, decíase en su conciencia:

"¿Yo qué sabía de tal historia? ¡Lo que yo pensaba era lo que en mi caso hubiera pensado todo el mundo!"

Y tenía razón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EN LA VOLADURA

EPISODIO DE 1873

I

Acababan de pasar como olas de fuego y de sangre ante mi niñez aterrada aquellos aciagos días de Junio y Julio de 1873, aquella inútil y desoladora tragedia de la *cantonalada* sevillana, cuyos horrores é incertidumbres mortales arruinaron para siempre mi salud y empañaron por largo tiempo mis juveniles alegrías.

La sacudida fue tan ruda para mi pobre sensibilidad, que durante muchos meses permanecí bajo el influjo de una verdadera obsesión de terror.

Ante mis ojos alucinados persistía el vivo y siniestro flamear de los incendios lejanos, y en mi cerebro seguía retumbando el bárbaro trueno del cañón respondido por las descargas de fusilería, en el salvaje diálogo de muerte empeñado entre la tropa y el pueblo. En mis oídos continuaba sonando el estridente y desacordado tañer de las cornetas de los *pelotones;* y á cada paso me estremecía creyendo oir distintamente el fragoroso estruendo producido por el